NAPOLEÓN en Egipto

Lucha por el dominio mundial
Rosario de la Torre

Sólo fue un sueño
Julio Gil Pecharromán

La espada y la ciencia
Soha Abboud-Haggar

Doscientos años nos contemplan
Miguel Ángel Elvira

Napoleón sofoca la insurrección popular de El Cairo, el 21 de octubre de 1798.

En julio de 1798, Napoleón Bonaparte desembarcó en Egipto al frente de un ejército que, el 21 de julio, a la vista de las Pirámides, destrozaba a los mamelucos y entraba en El Cairo. La expedición se convirtió pronto en un suplicio para Napoleón: su flota fue batida en Abukir y su ejército, en un intento de alcanzar la India, frenado en San Juan de Acre, viéndose obligado a regresar a Egipto. Hace dos siglos, el 23 de agosto de 1799, se embarcó en secreto hacia Francia, dejando a su ejército al mando de Kléber. La expedición napoleónica a Egipto constituye una extraordinaria aventura militar y, sobre todo, científica y cultural: Europa redescubrió Egipto y aquel Egipto medieval contempló atónito el avance científico europeo

Lucha por el dominio mundial

Para terminar con el progresivo dominio comercial inglés, Francia proyectó invadir las Islas, pero Napoleón no quiso arriesgar su prestigio en una empresa demasiado azarosa. Prefirió el ataque a los intereses británicos por su retaguardia: Egipto

Rosario de la Torre del Río
Profesora de Historia Contemporánea
Universidad Complutense de Madrid

DETRÁS DE LA EXPEDICIÓN A EGIPTO que, en 1798, protagonizó Napoleón Bonaparte, se encontraba la dificultad que tenía Francia para imponer su voluntad a Inglaterra. Fracasadas las negociaciones directas con Londres para que aceptase los planteamientos franceses, el Directorio volvió, una vez más, a considerar la idea de una invasión de las Islas a través del canal de la Mancha. Pero el general Bonaparte, comandante en jefe del ejército que debía realizar el asalto, prefirió no sacrificar su popularidad en una empresa tan incierta. Con la invasión descartada, y sin que diesen resultado ni la subversión revolucionaria ni las acciones contra el comercio británico, se fue abriendo paso la mucho más atractiva idea de socavar la decisión y la capacidad británicas apoderándose de Egipto y amenazando la ruta de la India.

Las viejas raíces de un antagonismo

El enfrentamiento de Francia e Inglaterra no era nuevo; hundía sus raíces en la historia del sistema europeo de Estados. Francia se había enfrentado con éxito a la hegemonía de la Casa de Austria. Frente a las pretensiones de los Habsburgo de restaurar un poder que habían ligado a la causa de la Contrarreforma, Francia había opuesto la teoría del equilibrio europeo y sus alianzas con las potencias protestantes. Pero, aunque logró erigir un siglo de hegemonía sobre las ruinas del Imperio español, el conflicto favoreció el desarrollo del poder de otros Estados europeos. En 1715, Francia mantenía sus fronteras, pero lo hacía en una Europa en que otros Estados –Inglaterra y Rusia, en particular– habían progresado considerablemente.

En el siglo XVIII, los objetivos y los medios de la política internacional no eran muy distintos de los

que habían predominado en los siglos precedentes. Aunque una línea de pensamiento profundamente ilustrado rechazase la guerra y proclamase las ventajas del arbitraje y del respeto al derecho de gentes, la diplomacia seguía siendo el instrumento de una política esencialmente agresiva: preparaba la guerra y permitía a los dirigentes negociar la paz con el mayor beneficio posible.

La *razón de Estado* lo excusaba todo y, en la lucha sin piedad por la hegemonía, el único límite era el *interés nacional*. La principal diferencia con los siglos anteriores residía en el hecho de que el dominio del continente europeo ya no se lo disputaban únicamente la Casa de Austria y Francia, sino cuatro o cinco grandes Monarquías que se equilibraban entre sí. Aunque la existencia de varios Estados poderosos no permitiese a ninguno de ellos aspirar a dominar a los demás, ninguno había renunciado por ello a extender su poder. Solamente admitían que todo crecimiento de su propia potencia debía ir acompañado de un crecimiento equivalente de la potencia de sus vecinos. El equilibrio de poder de los grandes se asentaba así en un *engrasado* sistema de reparto del que eran víctimas los más débiles.

Izquierda, **Napoleón a comienzos del siglo XIX (por Ingres, Museo de Armas de Lieja).** Arriba, **Batalla de las Pirámides (Col. part., París).** Abajo, **general Moreau, jefe de los ejércitos franceses del Norte (M. del E. París).**

La evolución de las relaciones exteriores de las grandes potencias tenía que ver también con la creciente importancia de los intereses económicos y de los imperialismos coloniales en el juego internacional. Inglaterra defendía con ahínco el mantenimiento del equilibrio de poder en el continente europeo, en la confianza de que era el mejor medio para mantener su supremacía comercial. Su determinación a la hora de afianzar su dominio sobre los mares, asegurar la explotación del Imperio colonial hispano y apoderarse de Canadá y de la India tenía ese sentido. Pero la determinación de Inglaterra tuvo que hacer frente a serias dificultades procedentes de las reacciones de Francia y España –dos importantes potencias marítimas–, de la inestabilidad y debilidad de las alianzas europeas y de la revuelta de alguna de sus colonias.

Las Guerras de Sucesión de Polonia (1733-1738) y de Austria (1740-1748), la Guerra de los Siete Años (1756-1763) y la Guerra de Independencia de los Estados Unidos (1775-1783) trastocaron alianzas y fueron alterando el equilibrio de poder en Europa, en América y en Asia. Así, el conflicto de Inglaterra con las otras potencias marítimas, que atraviesa todo el siglo XVIII, transformó el sistema de Estados fortaleciendo la multipolaridad del poder europeo y la hegemonía británica. Por esas mismas fechas, los fabricantes y comerciantes franceses eran especialmente conscientes de que Inglaterra marcaba, en su beneficio, los límites de

un juego económico que conducía a la eliminación pura y dura de la competencia francesa.

La política de conquistas de la Revolución

No existe continuidad entre la política exterior de la Francia del Antiguo Régimen y la que realizó la Revolución. Aunque la Asamblea Constituyente herede viejas tradiciones pacifistas, en el otoño de 1792, cuando la Revolución sienta su existencia amenazada, la Asamblea Legislativa desencadenaría la *Cruzada contra los Reyes*. La posterior anexión de Bélgica y de la orilla izquierda del Rin no obedeció a las viejas recomendaciones de Richelieu sino a la doctrina de las *fronteras naturales*, una doctrina completamente nueva que respondía a las necesidades de expansión de unas asambleas revolucionarias que, discípulas de Rousseau, tuvieron en cuenta los datos de la naturaleza y fijaron la fronteras de la nueva Francia en los Pirineos, los mares, el Rin y los Alpes.

Arriba, **entrada del ejército francés en Bélgica (estampa de Épinal, col. part., Madrid).** Abajo, **William Pitt (por William Hoare, National Portrait Gallery, Londres).**

Frente a una Francia que extendía sus fronteras, la Europa continental se mostró profundamente sacudida por el doble conflicto al que tenía que hacer frente: el conflicto *exterior* que planteaba Francia como Estado expansivo, y el conflicto *interior* que planteaba su contagiosa revolución social y política. Para Inglaterra las cosas eran más sencillas: se trataba de preservar su seguridad nacional; una seguridad que desde hacía mucho tiempo sus dirigentes consideraban estrechamente ligada al mantenimiento del equilibrio entre las potencias continentales. La guerra que los girondinos, el grupo de La Fayette y la Corte desencadenaron el 20 de abril de 1792 contra "los reyes de Bohemia y Hungría" tendría un efecto multiplicador que no se detendrá hasta 1815.

La guerra contra austriacos y prusianos no fue,

William Pitt

Hijo del que había sentado las bases del Imperio Británico, nació William Pitt *el Joven* en 1759 y, tras estudiar en Cambridge, una rápida y brillante carrera política le llevó en 1783, a los 24 años, al puesto de primer ministro, que desempeñó ininterrumpidamente hasta 1801. Su obra de gobierno fue amplia y decisiva: reparación material de los efectos de la Guerra de Independencia norteamericana, amortización de la deuda pública y saneamiento de las finanzas del Estado, apertura del comercio británico al libre cambio, mejora de la situación de la población irlandesa, control por el Gobierno del comercio con las colonias asiáticas, ordenación de la vida política obligada por el proceso de demencia de Jorge III. A partir de 1789, apoyó económicamente a los enemigos de la Francia revolucionaria en el continente. En 1793 encabezó la coalición de monarquías para enfrentarse a Francia y en 1799 organizó una segunda liga con el mismo fin. Temiendo un apoyo de los revolucionarios franceses a los independentistas de Irlanda, aplastó cruelmente el levantamiento de 1797-8 y propuso, en 1800, una Ley de Unión con la isla. La negativa del Rey a conceder igualdad de derechos a los mayoritarios católicos irlandeses hizo que Pitt dimitiese de su cargo. Volvió al desempeño del mismo en 1804-6, en plenas Guerras Napoleónicas, y organizó una tercera coalición contra Bonaparte. Murió en 1806.

en principio, demasiado peligrosa para Francia. Catalina II de Rusia aprovechó la confusión para desencadenar el proceso que llevaría –más tarde– al segundo reparto de Polonia; la diplomacia europea estuvo más pendiente de Varsovia que del Rin. Pero la conquista francesa de Bélgica y la ejecución de Luis XVI coaligaron a todas las grandes potencias europeas contra la República Francesa. De manera muy especial, esta ocupación de Bélgica y la apertura del Escalda a los barcos franceses provocaron una gran conmoción en Inglaterra.

Uno de los axiomas de la política exterior británica consideraba intolerable el establecimiento de una gran potencia en Amberes y Ostende. Por si esto fuera poco, los franceses estaban preparando la ocupación de Holanda y el control de Amsterdam, la primera plaza bancaria del continente. La creciente influencia política de la Francia revolucionaria ponía en riesgo intereses comerciales e industriales que el Gobierno de Londres consideró que debía defender con energía.

La Primera Coalición no fue capaz de ahogar la revolución en Francia. El brutal esfuerzo del Comité de Salvación Pública, los éxitos del nuevo Ejército nacional, junto con la decisión de austriacos, prusianos y rusos de concentrarse en el definitivo reparto de Polonia, favorecieron los éxitos de la Francia revolucionaria y facilitaron la firma, en 1795, de una serie de tratados de paz que retiraron de la contienda a prusianos, holandeses y españoles.

Los tratados de 1795 rompieron la coalición europea, pero no pusieron fin a la guerra; ni Austria ni Inglaterra aceptaron las conquistas francesas en el Rin. El Gobierno del Directorio, sin recursos para hacer la guerra de otra manera, dejó que sus ejércitos vivieran a costa de los territorios que ocupaban y aceptó que el botín de guerra remediase el incontrolable déficit de la República. Esta decisión permitiría que los generales diseñasen su propia política y que el poder militar terminase suplantando al civil.

Bonaparte desvía la política exterior francesa

En 1796, el Directorio diseñó un vasto plan contra Austria; los dos ejércitos mejor equipados, al mando de los generales Jourdan y Moreau, debían marchar directamente hacia Viena para imponer los cambios en el Rin; un tercero y peor equipado, al mando del general Scherer, debía atraer hacia el Norte de Italia a una parte de las tropas austriacas. Pero este proyecto naufragó estrepitosamente. El joven general Bonaparte obtuvo, gracias al apoyo de Barras, el puesto de Scherer, y el ejército de Italia avanzó de éxito en éxito, gracias al genio militar de su comandante en jefe, mientras los dos ejércitos principales de la campaña no lograban sus objetivos. De manera casi inmediata, el ejército victorioso dejó de ser un instrumento de la política exterior del Directorio. Mientras realizaba masivos envíos de obras de arte y de dinero a París, Bonaparte, siguiendo una política estrictement personal, fue

En 1796 Napoleón consiguió el mando de un ejército secundario, el de Italia, con el que consiguió tales éxitos militares que desvió la dirección de la política exterior desplegada por Francia desde 1792

La Trinidad Republicana –Barras, Rewbel y La Révellière-Lépaux– vencedora en el golpe de Estado del 18 Fructidor –4-9-1797– (B. Nacional, París).

transformando la realidad de todo el Norte de Italia.

Austria estaba ante el dilema de elegir entre continuar una guerra incierta o aceptar la pérdida de Bélgica y Lombardía, a cambio de las sustanciosas compensaciones que le ofrecía Bonaparte a costa de la destrucción de la República de Venecia. Y optó por lo segundo. El general, instalado cerca de Milán, dominaba la situación mientras, en París, el golpe de Estado de Fructidor rompía las nego-

ciaciones entre el Directorio y el Gobierno británico para establecer un acuerdo general que pusiera fin a la guerra. El tratado de paz con Austria firmado en Campoformio (17.10.1797) sancionó la nueva situación creada por las victorias de Bonaparte y llevó la frontera de Francia hasta las islas Jónicas, en mitad del Mediterráneo. Con ello, en 1797, Napoleón Bonaparte desviaba la política exterior de Francia inaugurada en 1792.

Ya no se trataba de sobrepasar las *fronteras naturales* para garantizar su conservación, sino de una política personal, independiente de la del Directorio; una política que finalmente no tendría nada que ver ni con la voluntad popular ni con las tradiciones de la nación; una política que no se dejaba encerrar en límites precisos, que no seguía ningún esquema definido y que se explica en último lugar por la imaginación pujante de su autor, por su exasperada necesidad de gloria y por el inagotable dinamismo de su temperamento.

En Campoformio, Francia había firmado la paz con las potencias continentales, pero continuaba la guerra con Inglaterra, la potencia insular contra la que no podía enviar fácilmente un ejército, la *moderna Cartago*, cuya vida económica dependía del comercio, la exportación y el crédito, contra la que venía desarrollando una guerra económica, un *bloqueo continental* que no había logrado su claudicación.

El Directorio pensó en imponerse con un desembarco de tropas francesas en las costas británicas y nombró al general Bonaparte comandante en jefe del Ejército de Inglaterra. Después de una breve inspección de las costas, Bonaparte renunció a la invasión y propuso al Gobierno la conquista de

Arriba, **Napoleón, vencedor en Rivoli el 14 de enero de 1797 (detalle, por H. Philippoteaux, Museo de Versalles).** Abajo, **Pablo I de Rusia (postal de comienzos de siglo, col. part., Madrid).**

Egipto, territorio vasallo del Imperio Otomano y, a su juicio, llave de la ruta británica a la India. La idea pudo serle sugerida por Charles Maurice de Talleyrand, ministro de Asuntos Exteriores del Directorio desde 1897, que la apoyó con entusiasmo, posiblemente para neutralizar el mucho más peligroso proyecto de un ataque directo a las islas Británicas.

El sentido de la expedición a Egipto

La historiografía se pregunta todavía si la expedición de Bonaparte a Egipto buscaba realmente amenazar a los británicos en la India y si constituyó una verdadera amenaza para su poder en Asia. Los autores que consideran que la expedición amenazó genuinamente a la India británica argumentan que los franceses pudieron haber avanzado sobre la India desde Egipto, y que éste pudo convertirse en la base de un posterior dominio francés del mundo árabe, lo que hubiese amenazado las rutas de la India, a pesar del dominio británico de los mares.

Aunque para los historiadores sea siempre complicado debatir sobre lo que pudo ser y no fue, el planteamiento es discutible, aunque parezca corroborarlo el hecho de que los británicos extremasen su control sobre la India, lo que podría significar

que se tomaron muy en serio la amenaza. Sin embargo, Arthur Wellesley, comandante en jefe del ejército británico en la zona, siempre consideró que la posición francesa en Egipto era demasiado débil e insegura como para poner en peligro el poder británico en la India o para servir de base para otras conquistas. Otra cosa es que aprovechase la expedición para fortalecer su posición.

En cualquier caso, otros propósitos fueron igualmente importantes. El Directorio deseaba ver al poderoso e incontrolable Bonaparte lejos de Francia y el ambicioso general, que deseaba romper su exasperante inactividad, esperaba que el Gobierno del Directorio se agotase en su ausencia. Además, la expedición tenía un gran atractivo para un hombre con el sentido del destino y con la ambición de emular a los héroes de la Antigüedad que tenía Napoleón. Establecidas las primeras piedras de su personal *camino hacia Oriente* en las islas Jónicas y en la Albania veneciana, ahora le esperaba el antiguo, misterioso y vulnerable Egipto.

Talleyrand añadió objetivos a la empresa y argumentó que Egipto podía reemplazar las colonias perdidas por Francia en términos de beneficios coloniales, desarrollo marítimo y comercial, prestigio internacional y moral interna. El Levante –y especialmente Egipto– era un área de tradicional influencia comercial francesa, en la que todavía no habían penetrado los británicos, y estaba fácilmente conectada con Francia a través del Mediterráneo. Talleyrand pudo haber esperado que Francia se expandiera por allí sin chocar directamente con Inglaterra, evitando así acciones mucho más peligrosas en Europa. Sin embargo, conviene no fiarse demasiado de los planteamientos excesivamente *racionalistas*. Posiblemente, la expedición fue sobre todo el impulso agresivo de un Gobierno débil y di-

Arriba, **firma de la Paz de Campoformio entre Francia y Austria, el 18 de octubre de 1797 (B. Nacional, París).** Centro, **la arenga de Napoleón a sus soldados en la Batalla de las Pirámides: "Cuarenta siglos os contemplan" (medalla conmemorativa de la expedición a Egipto).** Abajo, **la Batalla de las Pirámides (grabado a partir de un cuadro de Dumarest, *La Ilustración Artística*, 1895).**

Bonaparte en Egipto

1798

9. 5. Bonaparte llega a Tolón.
19. 5. Parte la espedición.
11. 6. Toma de Malta.
28. 6. Llegada a Egipto de la flota de Nelson.
1. 7. Llegada de Bonaparte a Alejandría.
2. 7. Toma de la ciudad.
7. 7. Salida hacia El Cairo.
10. 7. Victoria sobre los mamelucos en Ar Ramanyeh.
13. 7. Nueva victoria sobre los mamelucos en Chibreis.
21. 7. Victoria definitiva sobre los mamelucos en la Batalla de las Pirámides.
24. 7. Entrada de los franceses en El Cairo.
1. 8. Victoria inglesa en Abukir. Nelson marcha a Nápoles.
22. 8. Fundación del Instituto de Egipto.
25. 8. Desaix sale hacia el Alto Egipto, donde se han refugiado los mamelucos.
4. 9. Bonaparte convoca en El Cairo un *Diwan* general, asamblea de los notables egipcios.
9. 9. Turquía declara la guerra a Francia.

5. 10. Se reune el *Diwan*.
7. 10. Victoria de Desaix en el Alto Egipto.
21. 10. Revuelta de El Cairo y matanza de franceses, seguida por una fuerte represión.
7. 12. Las tropas de Bonaparte ocupan Suez.
30. 7. Proyecto de un canal que por Suez uniría el Mediterráneo y el mar Rojo.

1799

1. 2. Victoria de Desaix en Asuán sobre el resto de los mamelucos. Concluye la conquista del Alto Egipto.
10. 2. Espedición a Siria.
15. 2. Victoria sobre los turcos en Al Arish.
20. 2. Ocupación de Al Arish.
25. 2. Bonaparte entra en Gaza.
4. 3 Asedio de Jaffa.
7. 3. Toma de Jaffa. Peste en el ejército francés.
19. 3. Asedio de San Juan de Acre.
28. 3. Fracasa la operación.
1. 4. Segundo fracaso ante San Juan de Acre.
16. 4. Victoria sobre los turcos en el Monte Tabor.
24. 4. Tercer fracaso ante San Juan de Acre.
1. 5. Cuarto fracaso ante San Juan de Acre.
10. 5. Quinto y último fracaso ante San Juan de Acre.
17. 5. Retirada del asedio de San Juan de Acre.
14. 6. Regreso a El Cairo.
17. 7. Un ejército turco, transportado por la flota británica, toma Abukir.
25. 7. Bonaparte vence a los turcos en Abukir.
23. 8. Bonaparte abandona Egipto a bordo de la fragata *Muiron*. Deja a Kléber en el mando supremo del ejército.
9. 10. Bonaparte desembarca en territorio francés.
16. 10. Bonaparte llega a París.

1800

24. 1. Kléber evacúa El Arish.
18. 3. Victoria francesa sobre los otomanos en Heliópolis.
21. 4. Los franceses vuelven a entrar en El Cairo.
14. 6. Un sicario fanático asesina a Kléber. Le sucede en el mando el general Menou, convertido al islamismo.

1801

21. 3. Derrota francesa ante los ingleses en Abukir.
30. 8. Aislado en Alejandría, Manou capitula. Fin de la presencia francesa en Egipto.

J.M.S.

vidido –más por razones internas que exteriores– realizado sin cálculos serios sobre sus posibilidades y probables resultados.

La Segunda Coalición y el fortalecimiento del Imperio Británico

La expedición a Egipto y el enfrentamiento directo con el Imperio Otomano se añadió a la política europea de propaganda revolucionaria y anexiones que las viejas Monarquías no estaban dispuestas a tolerar. Inglaterra no permanecería mucho tiempo sola frente al Directorio. En efecto, poco después de que, el 1 de agosto de 1798, la flota del almirante británico Horatio Nelson destruyese la flota expedicionaria francesa en la bahía de Abukir, junto a Alejandría, cortando las comunicaciones del cuerpo expedicionario con su base y bloqueando así en Egipto al general Bonaparte y al mejor ejército francés, la Casa de Austria, sin entrar oficialmente en guerra, dejó que tropas rusas atravesasen sus territorios para combatir a Francia.

Pablo I, zar de Rusia desde 1796, muy hostil a la Revolución y muy preocupado por la ocupación francesa de las islas Jónicas, consideró intolerable la conquista de Malta realizada por el ejército expedicionario de Bonaparte y favoreció una estrecha alianza con el Gobierno británico de Pitt, el canciller austriaco Thugut, los Borbones de Nápoles y el Gobierno del sultán otomano.

El frente militar se extendió desde Holanda al Sur de Italia; las tropas del Directorio encajaron importantes fracasos y se vieron obligadas a replegarse. Pero las serias diferencias diplomáticas y militares entre rusos y austriacos facilitarían poco después la recuperación de las posiciones perdidas por Francia. Así, en el otoño de 1799, el Directorio haría frente a su crisis interna con una posición exterior estabilizada, desde la que actuaría con energía Bonaparte, convertido en Primer Cónsul tras abandonar a su suerte al ejército de Egipto.

Pero si, en el continente europeo, el Gobierno del Directorio pareció capaz de neutralizar los efectos contraproducentes de la expedición a Egipto, no ocurrió lo mismo ni en India ni en los espacios de las grandes rutas marítimas. El comandante en jefe de las tropas de la *Compañía Británica de las Indias Orientales*, Arthur Wellesley, apoyado por su hermano Richard, gobernador general, y por Henry Dundas, presidente de la Junta de Control de Londres, aprovechó el hipotético peligro de la acción francesa sobre Egipto para desencadenar una poderosa campaña contra los dos únicos Estados indios que, tras el colapso del Imperio Mogol, podrían haber articulado la resistencia local contra la formidable expansión de la *Compañía*: el Mysore de Tipu Sultán y la Confederación Maratha.

Las victorias de Wellesley, si bien no terminaron definitivamente con todo lo que podía oponerse al control de India, establecieron la hegemonía británica de manera amplia y permanente, y embarcaron a Inglaterra en el *Gran Juego de Asia*, un derroche de energías para mantener la seguridad de las tierras y de las rutas de la India frente a cualquier competidor, una política que competía con el *Gran Juego de América* y que estaba a punto de eclipsarlo.

Mientras los ingleses aprovechaban para apoderarse de la mayor parte de las colonias francesas y holandesas, en Egipto, el ejército expedicionario francés, desmoralizado por el abandono de su primer comandante en jefe y el asesinato de su sustituto, capitulaba, en el verano de 1801, ante un ejército británico desembarcado en Abukir, entre otras cosas, para conseguir su repatriación.

Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord

De familia aristocrática que le destinó a la vida eclesiástica, nació en 1754. Gran sibarita y libertino sin escrúpulos, ocupó inmediatamente altos puestos en la jerarquía. Como obispo de Autun, representó al estado eclesiástico en los Estados Generales de 1789. Liberal moderado y partidario de una monarquía constitucional, apoyó los principios de la Revolución. Presidente de la Asamblea Constituyente, en 1790 aprobó la nacionalización de los bienes de la Iglesia y su sometimiento al Estado, lo que le valió la excomunión papal y decidió su secularización.

Dedicado a las tareas diplomáticas, marchó al extranjero en la época de la radicalización revolucionaria de Robespierre, viviendo en Inglaterra y Estados Unidos. En 1797, con el Directorio, ocupó el puesto de ministro de Asuntos Exteriores, hasta 1807. Apoyó la ascensión al poder de Bonaparte, con el que siguió siendo uno de los más destacados elementos del Consulado y del Imperio. Dimitió de su cargo en 1807 y pasó a convertirse en cabeza de la oposición al Emperador. Contribuyó a la restauración borbónica de 1814 y fue ministro de Luis XVIII; representó muy hábilmente a Francia en el Congreso de Viena y apoyó la Revolución de 1830 que entronizó a la dinastía Orleans. Tras ejercer como embajador en Inglaterra (1830-4), se retiró de la política. Murió en 1838.

Arriba, **Talleyrand, cabeza de la política exterior francesa durante un tercio de siglo.** Abajo, **Arthur Wellesley, duque de Wellington.**

La aventura egipcia de Napoleón hizo reaccionar a Inglaterra en la India, donde Wellesley impuso la hegemonía británica. El Reino Unido se embarcaba en el *Gran Juego de Asia*

Sólo fue un sueño

Napoleón en la Batalla de las Pirámides (grabado del siglo XIX, colección particular, París).

Tras la la gloria de Alejandro, Napoleón acometió la expedición a Egipto, en la que su genio militar dominó las batallas campales, pero Nelson –dueño del Mediterráneo– le aisló en Oriente

Julio Gil Pecharromán
Profesor de Historia Contemporánea
UNED, Madrid

EL 19 DE MAYO DE 1798, UNA GRAN flota, integrada por 13 buques de línea y más de trescientas fragatas, corbetas y navíos de transporte de todo tipo, aguardaba en el puerto de Tolón, en el Sur de Francia, la llegada del dominador de Italia, Napoleón Bonaparte. Con él partían a la conquista de Egipto los más famosos generales del Ejército francés: Kléber, Berthier, Lannes, Murat, Desaix, Dugua o Reyner. Encabezaban un ejército de 32.300 hombres, veteranos seleccionados, bien surtidos de municiones, artillería, caballos, víveres y todo tipo de material necesario para una rápida campaña militar. A bordo se encontraba también un grupo de 175 ingenieros y científicos –o *sabios*, como se les denominaba popularmente– como el geólogo Dolomieu, el químico Comté, el naturalista Saint-Hilaire o los médicos Larrey y Desgenettes, cargados de libros y de instrumental científico, a quienes Bonaparte había encomendado la tarea de estudiar y *civilizar* las tierras que conquistaran sus tropas.

A media mañana, con Napoleón y su séquito instalados en el *Orient*, el buque insignia del almirante François-Paul Brueys d'Aigalliers, la flota se hizo a la vela, rumbo a Levante. Comenzaba así una extraña aventura, con la que el Directorio aspiraba a poner contra las cuerdas a su rival, la Gran Bretaña, y a dar un largo trabajo al inquieto Bonaparte, lejos de los círculos de la política parisina.

El ratón y el gato

El destino del ejército de Napoleón era un secreto bien guardado. En París se especulaba con que la flota se dirigía a Sicilia, posesión de los Borbones napolitanos, aliados de Inglaterra. Más tarde, los periódicos informaron de que el destino era Irlanda, e incluso dieron la noticia de que el desembarco había tenido éxito. El espionaje británico estaba desconcertado y, en Londres, el Almirantazgo carecía de noticias fidedignas. Estas comenzaron a llegar a partir del 9 de junio. Ese día, los franceses

Campañas de Egipto y Siria

11. 6. 1798. **Toma de Malta**

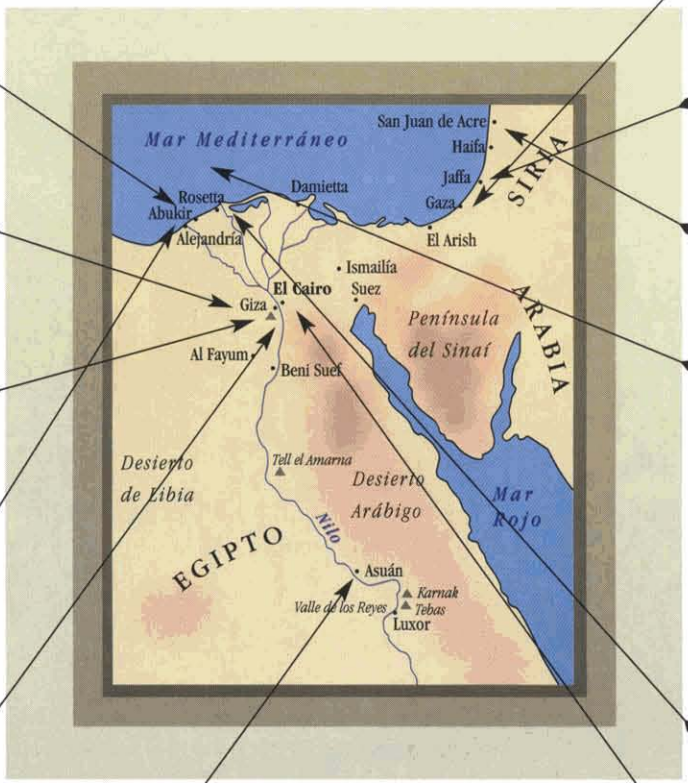
1. 7. 1798. **Llegada de Bonaparte a Alejandría**

21. 7. 1798. **Victoria definitiva sobre los mamelucos ante las Pirámides**

24. 7. 1798. **Entrada de los franceses en El Cairo**

1. 8. 1798. **Victoria naval inglesa en Abukir. Nelson marcha a Nápoles**

4. 9. 1798. **Bonaparte convoca el El Cairo un *Diwan* general, asamblea de notables egipcios**



1. 2. 1799. **Victoria de Desaix en Asuán sobre los mamelucos. Concluye la conquista del Alto Egipto**

25. 2. 1799. **Bonaparte entra en Gaza**

7. 3. 1799. **Toma de Jaffa. Peste en el ejército francés**

19. 3. 1799. **Asedio de San Juan de Acre**

25. 7. 1799. **Bonaparte vence a los turcos en Abukir**

23. 8. 1799. **Bonaparte abandona Egipto a bordo de la fragata *La Muiron*. Deja a Kléber para mandar el ejército**

Agosto 1799. **Hallazgo de la piedra Rosetta**

14. 6. 1800. **Un fanático asesina a Kléber**

tomaron Malta, gobernada por los caballeros de la Orden de San Juan, prácticamente sin resistencia. Tras descansar de una semana, la expedición se hizo nuevamente a la mar, rumbo a Egipto.

Hasta ese momento, la Escuadra británica del Mediterráneo, fondeada en Gibraltar, había visto su actividad paralizada por todo tipo de rumores y, más tarde, por una violenta tormenta que dispersó sus barcos. Pero la noticia de la ocupación de Malta permitió al almirante Horatio Nelson localizar al enemigo y partir inmediatamente rumbo al Este.

Navegando a gran velocidad, la escuadra británica rebasó a la francesa durante la noche a la altura de Creta. Cuando amaneció, las dos formaciones ya estaban fuera del alcance de la vista. Consciente de lo vital que resultaba la ruta de la India, Nelson estaba convencido de que el destino de Bonaparte era Egipto, pero, al no hallar a los franceses en Alejandría, supuso que se dirigían hacia otros puntos de importancia estratégica. Durante semanas, la escuadra británica recorrió el Mediterráneo, tocando en posibles objetivos del desembarco, desde Siracusa hasta Morea.

Mientras tanto, la fuerza expedicionaria francesa completaba su viaje. El 27 de junio, avistó la costa egipcia en Marabú, cerca de Alejandría. Napoleón veía cercano el comienzo de su gran sueño: conquistaría Oriente al frente de sus tropas, extendería por el mundo musulmán las conquistas civilizadoras de la Revolución y emularía la gloria de Alejandro Magno llegando hasta la India.

La aventura napoleónica en Egipto hubiese podido concluir un mes después de su llegada, tras la derrota de la flota francesa en Abukir... Todo lo demás fueron operaciones secundarias, casi como para justificar la expedición, pero brindaron la oportunidad de que la misión científica hiciera un amplio estudio sobre el país, su historia, fauna, flora, costumbres y monumentos.

El Egipto mameluco

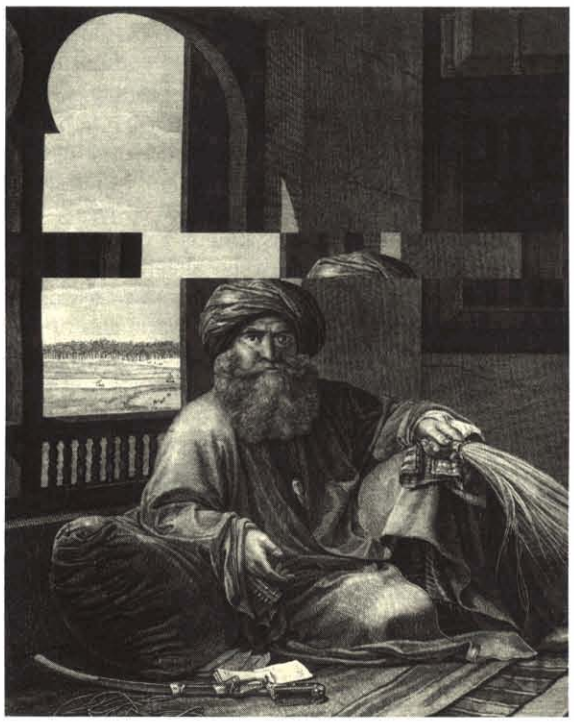
La situación que encontraron los franceses no se diferenciaba mucho de la que habían hallado los conquistadores turcos tres siglos antes. Egipto era gobernado por la aristocracia mameluca, en nombre del sultán de Constantinopla. Los mamelucos, en su mayoría guerreros de origen caucásico que habían llegado a Egipto como esclavos, se habían hecho con el poder en fecha tan lejana como 1250 y, pese a la dominación otomana, conservaban intacto su control sobre la masa de artesanos y campesinos pobres. El país estaba dividido en 24 provincias, gobernadas por beyes mamelucos, nueve de los cuales integraban el Consejo de Gobierno o *Diwan*, formalmente subordinado al gobernador turco (pachá) de El Cairo. Cuando llegó Napoleón, el auténtico poder era ejercido por dos emires mamelucos: Ibrahim, máximo responsable político, y Murad, comandante en jefe del Ejército y encargado de organizar las peregrinaciones a La Meca.

La egipcia era una sociedad étnicamente compleja, que se desenvolvía bajo un orden social de

corte medieval. En lo alto de la pirámide se encontraban los mamelucos, quizás unos doce mil en esta época, organizados en *casas* o clanes. Obligados a conservar su número para mantener su fuerza, seguían importando cada año centenares de jóvenes esclavos del Cáucaso y el mar Negro, que recibían una cuidadosa formación militar y servían lealmente a sus patronos. Un cierto número de turcos, encabezados por el pachá otomano, residía en El Cairo, ocupándose de la administración y de las finanzas.

La mayor parte de la población, unos dos millones de personas, era de árabes sedentarios, musulmanes, que vivían en las ciudades o en las tierras húmedas del Delta y del valle del Nilo. Los coptos, la población nativa de religión cristiana, suponían aproximadamente el diez por ciento del total. En el desierto, a ambos lados del río, había algunas tribus nómadas, que vivían del pastoreo, el pillaje y la organización de las caravanas que permitían el comercio entre los centros urbanos del Nilo y los mercados del mar Rojo y el Sudán.

Pese al interés que siempre habían mostrado los sultanes turcos por controlar una de las provincias más ricas de su Imperio, a finales del siglo XVIII Egipto escapaba paulatinamente a su control, y los notables mamelucos se negaban a pagar los tributos que demandaba Constantinopla. Ésta mantenía una guarnición militar en El Cairo, directamente dependiente del Gran Visir, y una flota en la rada de Abukir, cerca de Alejandría, una de las principales bases navales otomanas en el Mediterráneo. Por su parte, los mamelucos disponían de su propio ejército, mandado por Murad Bey y establecido fundamentalmente en la capital y en el Bajo Egipto.



Arriba, jinete mameluco. Según Napoleón, la caballería mameluca era "la mejor del mundo si pudiera ser sometida a la disciplina europea"; no era una alabanza de compromiso: formó en su ejército un cuerpo de caballería mameluca, que se distinguió por su fiereza (litografía de Carle y Horace Vernet (Museo de L' Emperi). Abajo, Murad Bey (Museo de L' Emperi).

El señor del Nilo

El desembarco francés se realizó, sin apenas resistencia, en las proximidades de los tres principales puertos: Alejandría, Damietta y Rosetta. Las tropas se extendieron con rapidez por la costa. Sólo dos días después, Alejandría caía en su poder sin lucha. Napoleón, consciente del peligro de que apareciera en cualquier momento la escuadra de Nelson, pretendía una ocupación rápida del país, que le otorgara una base territorial y de suministros. El ejército se dividió en dos cuerpos; uno, al mando de Kléber, se encargaría de ocupar el Delta y de brindar protección a la escuadra, fondeada en Abukir. El grueso de las fuerzas, al mando directo

Los mamelucos eran guerreros de origen caucásico llegados a Egipto como esclavos; se habían alzado con el poder en el siglo XIII y, pese a ser feudatarios de Turquía, tenían el poder efectivo y controlaban el país

de Bonaparte, avanzaría en dirección a El Cairo.

La marcha, estorbada por el calor y las escaramuzas con los pequeños contingentes mamelucos que les flaqueaban, fue dura, y los franceses sufrieron numerosas bajas en su avance hacia el interior. Lejos de las fronteras patrias, en cuya defensa llevaban años combatiendo, los soldados republicanos no entendían su presencia en el remoto Oriente africano, ni la misión civilizadora que se disponían a acometer los *sabios* que les acompañaban. Pero su progresión era firme y los beyes mamelucos decidieron enfrentarse abiertamente al invasor antes de que llegara a la capital.

El 21 de julio, a la vista de las Pirámides, las tropas de Napoleón fueron atacadas por la caballería ligera mameluca, al mando de Murad Bey. Fue una batalla entre un ejército medieval –que se enfrentaba por primera vez a una guerra moderna– y los veteranos que llevaban años imponiendo sus tácticas y su disciplina en los escenarios europeos. Los franceses formaron en cuadros y desataron un nutrido fuego de cañón y de fusilería que segó las oleadas de jinetes, armados con lanzas y espadas.

Tras la victoria, Bonaparte arengó a sus tropas, pronunciando la famosa frase: "Soldados, desde lo alto de estas Pirámides, cuarenta siglos de Historia os contemplan". El día 25 de julio entró triunfalmente en El Cairo.

En los días siguientes, los generales de la República completaron la conquista del país. Manou tomó el puerto de Rosetta y Desaix persiguió a las derrotadas tropas de Murad Bey, obligándolas a refugiarse en el Alto Egipto, desde donde seguirían constituyendo una amenaza. Por su parte, Kléber concluyó rápidamente la ocupación del Delta. En un mes, Napoleón se había adueñado de Egipto.

Los franceses se aplicaron a desarrollar el modelo de protectorado que tan buenos resultados les daba en Italia y los países renanos. Al entrar en Alejandría, Napoleón había lanzado una proclama al pueblo, mostrándose respetuoso con el Islam y animándole a sacudirse la tutela de turcos y mamelucos y a aceptar la modernización que traían los franceses en la punta de sus bayonetas.

Arriba, **general Louis-Charles Desaix.** Abajo, **almirante Nelson.** Derecha, ***Los apestados de Gaza*** **(Antoine J. Gros, Museo del Louvre, París). Napoleón, rodeado por sus soldados enfermos; primero, no se les consideró apestados y, al final, se les abandonó.**

Instalado en su lujoso palacio, el general corso realizaba prácticas de estadista. Se esforzaba por convencer a los egipcios de que el final del odiado régimen de los mamelucos les abría las puertas del autogobierno y de la modernización, bajo el patrocinio de Francia. Las tropas fueron aleccionadas para que no entraran en las mezquitas y el pillaje fue duramente castigado. Los *sabios* franceses crearon el Instituto de Egipto, con el propósito de procurar "el progreso y la propagación de las Luces" y el estudio de "los fundamentos naturales, económicos e históricos" del país. Se introdujo el sistema métrico decimal y una reforma monetaria inspirada en el modelo francés. El primer periódico local en lengua arabe, *El Correo de Egipto*, fue fundado para transmitir la *buena nueva revolucionaria*...

Pero la población contemplaba a los extranjeros como infieles que venían a destruir sus tradiciones religiosas y sociales. En torno a ellos se produjo el vacío social, que se iría trasformando en franca hostilidad. El contingente expedicionario dejó de ser el ejército de liberación que pretendía para convertirse en la fuerza de ocupación de un país conquistado y hostil. También la elite mameluca, lejos de agradecer el fin del dominio turco, dio la espalda a los invasores, si bien algunos guerreros se alistaron como mercenarios en el ejército francés, y más tarde conformarían un exótico cuerpo de la Guardia Imperial napoleónica.

Desastre naval

Mientras Bonaparte consolidaba su dominio sobre Egipto, la flota británica del Mediterráneo porfiaba en su búsqueda. Hasta entrado el mes de julio no le llegaron a Nelson noticias de que el enemigo había desembarcado en Alejandría. El almirante partió en su búsqueda. Sabía que sin su escuadra, el ejército expedicionario perdería todo contacto con la metrópoli y que ello comportaría el fracaso de la estrategia oriental de Francia. El 1 de agosto, la escuadra británica descubrió a la francesa en la bahía de Abukir. Nelson resolvió atacar de inmediato y, aprovechando el deficiente plan de batalla del almirante Brueys, se lanzó sobre ella, logrando colocarla entre dos fuegos y destruirla casi por completo. Napoleón estaba aislado.

Pese al rudo golpe que supuso para su ejército el desastre de Abukir, Bonaparte no varió sus planes. "No tenemos flota –escribió– pues bien, ¡hay que morir aquí o hacerse grandes como los antiguos! Este acontecimiento nos obliga a hacer grandes cosas. Y las haremos". Las tropas de tierra, unos treinta mil hombres, estaban casi intactas, y aún no había surgido en Egipto una resistencia que mereciese tal nombre. Por tanto, podía continuar con su plan, e invadir Palestina y Siria a fin de cerrar todos los accesos por tierra al mar Rojo. Si todo salía bien, podría dirigirse luego a la India, a donde confiaba en llegar a finales del invierno de 1800. En ningún momento consideró que los turcos pudieran oponer más que una débil resistencia a su avance.

La derrota de Abukir no desmoralizó a Napoleón, que mantuvo abierta su esperanza en alcanzar la India, suponiendo que los turcos no podrían oponerle resistencia alguna en su avance por el Próximo Oriente

La peste de Jaffa

Cuando Napoleón y su ejército llegaron a Jaffa el 4 de marzo de 1799, ya existían algunos casos de peste en la ciudad, puerto de mar donde esta enfermedad era de fácil contagio a causa de las ratas que pululaban en sus instalaciones. El agotamiento de los soldados y el paso brusco del clima seco de Egipto al húmedo de la vertiente mediterránea –llevaba lloviendo quince días– provocaron un debilitamiento generalizado de la tropa que facilitó la propagación del brote infeccioso. 700 soldados franceses se hacinaron en el convento de los Padres de Tierra Santa que fue convertido en hospital. Y no cabían más. Abandonados por los monjes y por el personal sanitario local, que temieron el contagio, sólo fueron atendidos por los médicos y enfermeros franceses, bajo el mando del doctor Desgenettes, quienes negaban rotundamente que aquello fuera la peste. El mismo Napoleón iba a visitar a los enfermos para tranquilizarles. Tal fue el poder persuasivo de los que rodeaban a los apestados que sólo se admitió la realidad de la peste pasados unos meses.

Sin embargo, el general tenía bien clara la situación. Mandó de vuelta a sus casas a los aproximadamente 700 egipcios que le acompañaban –camelleros, criados y soldados– y, cuando decidió que ya no podía demorar más su retorno al país del Nilo, dejó atrás a unos 30 soldados en fase terminal a cargo de Desgenettes, a quien ordenó les administrase opio. "No estoy dispuesto a envenenar a los enfermos", contestó el médico. Napoleón, imperturbable, siguió adelante con su plan: ponerse en marcha para conservar su ejército.

Cuando, el 17 de junio, Napoleón entró a El Cairo por Bab al-Nasr –*Puerta de la Victoria*– ya se habían tomado medidas sanitarias muy estrictas, como informa al-Gabarti en su crónica: puestos de cuarentena por donde pasaba cuanto provenía de la Gran Siria: hombres, animales y objetos –debido a esto no se permitió ese año el sacrificio de los animales en la *Fiesta del Sacrificio* musulmana–. Existían órdenes tajantes de denunciar cualquier caso sospechoso de constituir un brote de enfermedad, de poner en cuarentena el barrio o la calle donde se declarara y de avisar rápidamente al mando francés por medio de *chayj al-hara*, el encargado del barrio, o del zabazoque, so pena de elevadas multas o de condena a latigazos en caso de infracción. Se amenazó con la pena de muerte a los padres que se mudaran de casa teniendo a un miembro de la familia con síntomas de peste y a los lavanderos de cadáveres si no avisaran a las autoridades antes de 24 horas cuando encontraran casos sospechosos. A los posaderos y comerciantes se les obligaba a comunicar la llegada de cualquier forastero a la ciudad antes de 24 horas, facilitando sus datos de procedencia.

S. A-H.

El 9 de febrero de 1799, Napoleón se puso en camino al frente de un contingente de 13.000 hombres. El cruce del desértico Sinaí, sin agua ni caminos, fue un calvario de sed para la tropa, pero las penalidades quedaron olvidadas al desembocar en la llanura costera. El-Arish y Gaza fueron ocupadas sin dificultad. En cambio, la guarnición otomana de Jaffa opuso una enconada resistencia, por lo que la ciudad fue tomada por la fuerza y sometida a un concienzudo saqueo. Tras ello, Haifa, en la ruta hacia el Norte, abrió sus puertas a los franceses. El camino hacia Damasco, y luego hacia Bagdad y la India, parecía expedito.

Fracaso ante San Juan de Acre

Quedaba por superar un último obstáculo: la vieja fortaleza cruzada de San Juan de Acre (Akko), defendida por una guarnición turca, con apoyo de la flota británica. Iniciado el 18 de marzo, el asedio se prolongó durante 62 días, pese a lo deteriorado de las fortificaciones. Los defensores eran regularmente abastecidos de víveres y municiones por los buques británicos. En el campamento francés, por el contrario, pronto comenzaron las escaseces, mientras se extendía una epidemia de peste –contraída por los soldados en Jaffa– que se cobró numerosas vidas. Asustados por los progresos de la enfermedad y escasos de provisiones, los franceses cayeron en una creciente desmoralización. Por fin,

el 21 de mayo, Bonaparte dio la orden de levantar el campamento. Siguió casi un mes de penosa marcha hacia el Sur, marcada por el calor y la sed, las bajas causadas por la peste y las partidas de merodeadores árabes. Finalmente, el 14 de junio, la columna, reducida en un tercio de sus efectivos, hizo su entrada en El Cairo.

Adios al sueño oriental

La aventura siria había costado a los franceses la pérdida de unas cinco mil vidas y de gran parte de las municiones que habían traido de Europa. Humillado ante la población egipcia y sin esperanzas de recibir suministros, Napoleón tuvo que pasar a la defensiva y renunciar a su sueño de llevar la guerra hasta la India.

Pero los ingleses no le dieron mucho tiempo para meditar en sus desgracias. En julio desembarcaron en Alejandría un cuerpo de ejército con unos 18.000 hombres. Napoleón les salió al paso y el 25 de julio les batió en la batalla que él quiso denominar *de Abukir*, quizá para disimular el desastre naval del año anterior. Era, sin embargo, una victoria pírrica: su ejército se desgastaba sin poder reponer sus pérdidas, mientras que los turcos podían levantar nuevos ejércitos con apoyo inglés y desembarcarlos cuando y donde quisieran, al amparo de la flota británica. Sabía, por lo tanto, que a la larga sería derrotado.

Caricatura satírica inglesa sobre el súbito retorno de Napoleón a Francia, dejando a su ejército en Egipto.

En el interior del país, la tarea de revisión de los títulos de propiedad, encomendada al *Diwan* a fin de aumentar los ingresos fiscales, provocaba una resistencia enconada entre los agricultores, mientras mamelucos y turcos amenazaban las líneas de comunicación entre las guarniciones francesas. En Europa surgía amenazadora la Segunda Coalición, encabezada por Austria y Rusia, que traía el peligro de una nueva invasión de Francia.

En Egipto ya nada podía hacer Bonaparte, pero en Francia le aguardaba el mando militar y un futuro político aún por decidir. Cansado de su aventura oriental, no quiso esperar más. A mediados de agosto nombró a Kléber comandante en jefe y le autorizó a capitular si no recibía refuerzos antes de mayo de 1800, o si la peste seguía causando bajas alarmantes entre los soldados. Luego, el día 23, zarpó en secreto hacia Francia a bordo de la fragata *Muiron*, en compañía de sus mejores generales. Burlando la vigilancia británica en el mar, el 9 de octubre, pisaron tierra francesa. Justo un mes después, el 18 de Brumario del año VIII, Napoleón dio un golpe de Estado que puso fin al Directorio y le convirtió a él en Primer Cónsul, virtual dictador de Francia.

En Egipto había quedado un ejército desmoralizado, carente de dinero y suministros, aislado de sus bases metropolitanas y rodeado de fuerzas hostiles. A finales de enero de 1800, el general Kléber consideró cumplido el plazo dado por Bonaparte para enviarle ayuda y solicitó al mando del ejército anglo-turco de Siria la firma de un armisticio, que se concluyó en El-Arish, el día 24. El acuerdo preveía la evacuación de las tropas a Francia, pero el Gobierno británico se negó a admitir la condiciones y Kléber rechazó la rendición que se le exigía.

A lo largo de la primavera, la situación de las tropas francesas se volvió cada vez más precaria. La población de El Cairo se sublevó y expulsó a la guarnición. En el Sur, las incursiones de los mamelucos se hacían cada vez más audaces. Sin embargo, Kléber pudo derrotar el 20 de marzo en Heliópolis a un ejército otomano que intentaba reconquistar Egipto, y luego recuperó El Cairo, donde los franceses desataron una dura represión. Después de ello, los restos del cuerpo expedicionario se encerraron en Alejandría y en El Cairo, dispuestos a una última resistencia. A mediados de julio de 1800, Kléber fue asesinado por un sicario otomano. Le sucedió el general Menou –convertido al Islam y casado con una egipcia– quien intentó aplacar los ánimos de la población poniendo fin a las acciones represivas. Menou pretendía convertir Egipto en un Estado nacional en el que, bajo el protectorado de la Francia revolucionaria, los notables locales administraran el país sin depender de turcos y de mamelucos. Pero el plan se antojaba quimérico, y bastante tenían a estas alturas sus tropas con defender sus asediadas posiciones. El 21 de marzo de 1801, un ejército británico, mandado por el general Abercrombie, desembarcó en Abukir, y derrotó a los franceses en aquella estrecha lengua de tierra. Sitiado en Alejandría, Manou tuvo que capitular el 30 de agosto.

Pese a su fracaso militar, la expedición a Egipto produjo algunos resultados positivos. Entre los elementos mejor preparados de la población, la ocupación francesa y las reformas administrativas y políticas que introdujo supusieron una sacudida moral, que les movió a adoptar ideales nacionalistas y a rechazar el despótico gobierno de los mamelucos y del sultán otomano. Poco después, el albanés Mehemet Alí asumiría el cargo de pachâ y colocaría a Egipto en vías de sacudirse la tutela turca y el dominio de la vieja clase feudal. Por otra parte, la actividad científica de los sabios franceses y de su Instituto de Egipto, proporcionaría a Occidente un enriquecedor encuentro con el milenario mundo egipcio, que marcaría el inicio de la Egiptología.

La espada y la ciencia

Napoleón trató de atraerse a la población árabe mostrando su respeto al Islam, los beneficios económicos y el brillo de la cultura francesa, pero reprimió con ferocidad todo apoyo a los mamelucos y las protestas contra su presencia en Egipto

Soha Abboud-Haggar
Arabista. Universidad de Salamanca

EN EL NOMBRE DE ALLAH TODO PODEroso, el Único.. Nosotros, los franceses, defensores de la libertad y la igualdad, y nuestro gran General, Jefe de nuestros ejércitos, Napoleón Bonaparte, hacemos saber a todos los egipcios que los mamelucos siempre humillaron a los comerciantes franceses y se aprovecharon de ellos y que ya ha llegado la hora de la venganza... Éstos mismos os maltrataron a vosotros, destruyeron vuestro maravilloso y único país y os sumieron en la pobreza y la ignorancia.. No creáis que vinimos para aniquilar vuestra religión... al contrario; somos musulmanes como vosotros; hemos luchado contra el Papa de Roma, que azuzaba a los cristianos contra los musulmanes. Somos fieles amigos del sultán otomano y enemigos de sus enemigos, enemigos de los mamelucos que creyeron poseer vuestro país... Dichosos serán los que de vosotros se acerquen a nosotros porque prosperarán; dichosos serán, también, los que se quedarán en sus casas, sin ánimo de intervenir; ahora bien, desgraciados serán los que colaborarán con los mamelucos porque perecerán como ellos ...".

Esta proclama, dictada por los mandos franceses en Alejandría y traducida al árabe por algunos de los rehenes magrebíes liberados en Malta, fue leída en la plaza principal de Bulaq en El Cairo, dos días antes de la llegada de Napoleón, y en las plazas de otros muchos pueblos por donde iban a cruzar los franceses, tal como se desprende de la crónica del historiador egipcio, contemporáneo y testigo personal de los hechos, Abd al-Rahman al-Gabarti (1753-1825). El mensaje resume las líneas generales de la actuación de las fuerzas francesas ante la población egipcia: presentarse como amigos, como correligionarios incluso, para no despertar temor o recelos espirituales; halagar al pueblo llano de origen egipcio y amenazar a quienes se uniesen o ayudasen a los mamelucos. De hecho, la crónica de al-Gabarti, *Historia de los Maravillosos Monumentos que se extraen de las Biografías y los Anales*, muestra continuamente estas dos facetas, despreocupándose de los motivos que habían promovido la expedición francesa y sus objetivos en Egipto. Los franceses se instalan en El Cairo.

Los jefes de la expedición militar se fueron ins-

"Bonaparte entra en Egipto y coloca a los beyes la banda y la escarapela tricolor, haciéndoles respetar la bandera de la República Francesa", dice el pie de este grabado, que representa la llegada de Napoleón a Egipto (por J. Chéreau, s. XIX, B. Nacional, París).

talando en los palacios de los ricos emires y mercaderes mamelucos expulsados, huidos o muertos; Napoleón ocupó el de Muhammad Bey al-Alfi en el elegante barrio de al-Azbakiyya, a orillas del lago del mismo nombre, que acababa de ser construido y amueblado con sumo lujo, pareciendo –observa irónicamente al-Gabarti– como si su dueño lo preparara para el general. Otros palacetes colindantes fueron ocupados por los jefes y oficiales, mientras se acuarteló a la tropa cerca de la orilla del Nilo.

Los soldados se mezclaron con la población: iban a los mercados donde compraban pan, carne, pollo, huevos, azúcar, tabaco... etcétera y pagaban más incluso de que lo que pedían los vendedores, en una estudiada política para hacerse populares. Eso estimuló la producción agrícola y artesanal del pueblo. Los ocupantes no tardaron en emitir una serie de ordenanzas municipales de tipo *europeo*: obligación de alumbrar carreteras, zocos, tiendas e, incluso, las fachadas de las casas; barrer, regar y limpiar las calles.

Arriba, **el 23 de agosto de 1798, Napoleón celebró el aniversario del Profeta, junto con los notables musulmanes (detalle de un grabado de la época, B. Nacional, París).** Derecha, **la famosa arenga de Bonaparte en una de las medallas conmemorativas.** Abajo, **las tropas francesas reprimen los motines de El Cairo del 21 de octubre de 1798 (por Girodet, M. de Versalles).**

Los ingenieros franceses cambiaron la fisonomía de la ciudad en las riberas del Nilo y sus islotes: hicieron obras en el Nilómetro y en la isla de al-Rawda; tiraron casas y alguna que otra mezquita, redujeron un montículo, desecaron superficies pantanosas y plantaron árboles; restauraron un puente antiguo, edificaron otro nuevo, y abrieron amplios caminos como el que enlazó la plaza de al-Azbakiyya con el barrio de Bulaq (Avenida 23 de Julio, una de las arterias más importantes de El Cairo actual). La crónica de al-Gabarti precisa que los obreros estaban bien pagados y no sometidos a azofra gratuita y forzosa, que volvían a sus casas a mediodía y que se les proporcionaron máquinas que les facilitaban el trabajo.

Los invasores participaron, con la asistencia personal de Napoleón, en las fiestas egipcias –como la del Nilo, el 18 de agosto– y en las de carácter religioso. Al-Gabarti cuenta que, en el mes de *ramadan*, los franceses organizaron fastuosos banquetes –el *iftar* cuando el toque de cañón anunciaba el rompimiento del ayuno y nuevos ágapes de madrugada; el *suhur*, antes de reanudarlo– a los que invitaron a las personalidades civiles y religiosas del entorno y "tomaron parte y actuaron a la manera indígena en un sorprendente intento de acercamiento al pueblo", termina la crónica. Se les vio también en la procesión, que anualmente recorría las calles de la ciudad, para honrar y acompañar el paño que recubriría la Piedra Negra de la Kaaba, que se fabricaba y bordaba generalmente en los talleres de la ciudadela de El Cairo, costeado por un noble mameluco.

Esto aparte de las solemnidades francesas –como la Fiesta de la Revolución, del 21 de septiembre– celebradas a bombo y platillo y a las que se invitó a todas las autoridades locales y la gente de a pie. Cuenta la crónica que Napoleón quiso ataviar a sus invitados con las bandas tricolores, a lo que se negaron; sólo accedieron a colocarse la escarapela revolucionaria, que se arrancaron nada más salir de la tribuna del general.

Impuestos y motines

Menos populares fueron algunos decretos franceses, que se aplicaban por medio de los dos consejos de notables o *diwan* formados por los ocupantes: el primer *diwan*, de carácter consultivo, estaba compuesto por siete destacadas personalidades egipcias, quienes debatían y aconsejaban sobre los asuntos relacionados con la marcha de la vida ciudadana –robos, pillajes, intercesiones por cautivos– y que además, formaba parte del entorno con el que Napoleón gustaba organizar conversaciones de tipo religioso y político.

Bonaparte en la Pirámide

El 12 de agosto de 1799, Napoleón fue recibido en el interior de la Gran Pirámide de Keops por altos dignatarios musulmanes, con los que mantuvo esta conversación:

Bonaparte: Dios es grande y sus obras, maravillosas. Ésta es una gran obra humana. ¿Qué se propuso el que mandó construir esta pirámide?

Solimán: Era un poderoso rey egipcio, cuyo nombre se cree que era Keops. Quiso evitar que los sacrílegos vinieran a perturbar el reposo de sus cenizas.

Bonaparte: Ciro el Grande se hizo enterrar al aire libre para que su cuerpo volviese a los elementos. ¿No crees que hizo mejor?

Solimán (inclinándose): Gloria a Dios, a quien toda gloria es debida.

Bonaparte: Gloria a Alá. No hay más Dios que Dios; Mahoma es su profeta y yo soy su amigo.

Ibrahim: Que los ángeles de la victoria barran el polvo de tu camino y te cubran con sus alas. El mameluco ha merecido morir.

Bonaparte: Ha sido entregado a los ángeles negros Mukir y Quarkir.

Solimán: Extendió sus rapaces manos sobre las tierras, las cosechas y los caballos de Egipto.

Bonaparte: Compartiréis los tesoros, el trabajo y la amistad de los Francos, mientras esperáis la subida al séptimo cielo donde, sentados junto a jóvenes y virginales huríes de negros ojos, reposaréis a la sombra del laba, cuyas ramas ofrecerán a los verdaderos musulmanes todo lo que puedan desear...

J.M.S.

El segundo *diwan* tenía competencias judiciales; compuesto por seis cristianos coptos y otros tantos comerciantes musulmanes bajo la dirección de un copto que hacía de enlace, examinaba los asuntos relativos al comercio, las herencias y las demandas judiciales. Estos consejos recibieron órdenes francesas de índole fiscal que suscitaron la ira popular porque constituían una clara infracción a las leyes privadas islámicas en materia de herencias y una nueva e insoportable carga impositiva para la gran mayoría de los habitantes, que malamente se las arreglaba para subsistir.

Aislado en Egipto, el ejército francés se veía obligado a vivir sobre el terreno; por eso controló el sistema de herencias, exigiendo una fuerte contribución sobre ellas. También se implantó el registro de las propiedades y las tierras, para poder imponer sobre ellas tributos proporcionales; al-Gabarti informa que "ocho francos para la categoría más alta, seis para la media y tres para el bajo", que terminaban en las arcas del mando francés.

Además, estaban las cargas impuestas "a los mercados, las tiendas, los cafés, los baños, las almazaras..." Especial relevancia tuvo el caso del popular mercado de Amir al-Guyus, en el que se obligó a los comerciantes mantener los candiles encendidos a pesar del mal tiempo, multándoles si

Los mercados de El Cairo fueron objeto de fuerte presión fiscal, de obligaciones onerosas, de continuos registros y requisas, por lo que se convirtieron en un hervidero del descontento antifrancés (*Vendedor de alfombras en El Cairo*, por Charles Robertson, Mathaf Gallery, Londres).

los dejaban apagarse. Añádase a esto la subida de precios provocada por el bloqueo británico del comercio en el Mediterráneo y lo que significó de falta de abastecimiento en los mercados y cierre de comercios y de talleres artesanales... Estas medidas y sus consecuencias provocaron la *Insurrección de El Cairo*, el 10 de octubre de 1798, durante la cual los cairotas, cegados por la ira, mataron, saquearon y pillaron y, para reducirlos, los soldados franceses abrieron fuego contra la multitud congregada junto a la mezquita del al-Azhar.

Muchos otros asuntos suscitaron el rechazo de los egipcios frente al invasor e hicieron fracasar la política de acercamiento que los franceses se habían planteado en los primeros días. Los soldados napoleónicos iban de casa en casa y de tienda en tienda, revolviéndolo todo, en busca de armamento escondido, o de mamelucos huidos, refugiados entre la población, llevándose lo que se les antojaba y molestando a las mujeres.

Las ejecuciones de egipcios acusados de colaboracionismo con los mamelucos fueron muy frecuentes: los mataban en la Ciudadela y arrojaban sus cuerpos desde lo alto de la muralla, paseaban sus cabezas por toda la ciudad o se les ahogaba en el Nilo... Otra fuente de conflictos fue la discordancia de ciertas costumbres francesas con la mentalidad indígena, como sucedía con la bebida o con las aficiones hípicas a lomo de burro, que suscitaban la ira de los musulmanes.

La presencia francesa en suelo egipcio motivó la aparición de un fenómeno social característico en tiempos de crisis: la división entre la población cristiana y la musulmana. Algunos coptos y griegos se sintieron arropados por los franceses y vieron en ellos el medio de medrar, dominar y en ocasiones humillar a los musulmanes. La crónica de al-Gabarti expone esta situación y les acusa de espiar a sus conciudadanos y conspirar contra ellos.

El descontento popular se personificó en Solayman al-Halabi, joven musulmán de Alepo, quen se convirtió en el prototipo del héroe que se enfrenta al invasor al asesinar, el 14 de junio de 1800, al jefe de las fuerzas francesas tras la partida de Napoleón, Jean-Baptiste Kléber, mientras paseaba por los jardines de su residencia, en el barrio de al-Azbakiya, junto con su ingeniero-jefe.

La labor científica

En la memoria colectiva y en la historia de la cultura apenas ha quedado nada de esa confrontación entre invasores e invadidos. El gran recuerdo es la trascendencia de la misión científica francesa que acompañaba al ejército de Napoleón. En el barrio de al-Nasiriyya (actual al-Munira), situado al pie de la colina de Tall al-Aqrab –que habían fortificado– reservaron una de las calles y sus casas para uso de los científicos que formaban parte de la expedición napoleónica.

Así, en la vieja casa del emir mameluco Hasan Kasif Garkas, dispusieron una gran biblioteca que dirigía un archivero con el que colaboraban algunos ayudantes, cuyo cometido era proporcionar los libros a "los estudiantes que allí acudían todos los

Renacimiento

Los comienzos del movimiento literario conocido como *Renacimiento* de la literatura egipcia –y árabe en general– se sitúan en los albores del siglo XIX, coincidiendo precisamente con los dos años en que estuvieron los franceses en suelo egipcio. El valor que se le atribuye a la expedición francesa en esta revivificación de las letras árabes antiguas es muy diverso. Por un lado, la crítica clásica convencional –europea y árabe– considera que la expedición francesa tuvo un papel fundamental porque aportó varios elementos que constituyeron la base de este despertar: la introducción de dos máquinas de imprimir por primera vez en suelo árabe, utilizadas para publicar periódicos, panfletos y proclamas en lengua francesa, árabe y turca; la puesta en marcha de traducciones de todo tipo; la llegada de grupos teatrales y operísticos para el entretenimiento de los soldados y, sobre todo, el acercamiento científico que brindaron a la población autóctona.

La crítica más nacionalista sostiene, sin embargo, que el único valor atribuible a la expedición francesa es que su presencia en Egipto provocó el envío de un ejército otomano para expulsarla de allí; como jefe de aquellas tropas llegaba Muhammad Alí, que en 1805 se alzaba con el poder... Muhammad Alí fue el verdadero artífice de este resurgimiento literario ya que, de hecho, las tropas de Napoleón se habían llevado en su regreso a Francia las imprentas, el saber y los libros.

Es innegable, sin embargo, que la expedición francesa representó para la sociedad egipcia de finales del siglo XVIII un resquicio de luz que le permitió ver durante un fugaz momento una muestra de la sociedad más avanzada de su época, a la que merecía la pena imitar.

S. A-H.

días, dos horas antes del mediodía; éstos se sentaban en el patio contiguo a la biblioteca, en cómodas sillas dispuestas paralelamente a una pizarra ancha y alargada", según cuenta al-Gabarti.

Entraba allí todo el que quisiera, desde los soldados rasos franceses hasta el egipcio que deseara simplemente observar. A los nativos se les acogía con especial amabilidad, especialmente cuando mostraban curiosidad y deseos de hacer preguntas. Les mostraban todo tipo de libros impresos e ilustrados sobre cualquier materia: geografía regional, flora, fauna, historia de los antiguos e historia de los profetas, con sus dichos y sus milagros.

El propio al-Gabarti estuvo allí varias veces y, entre los muchos libros que pudo contemplar, quedó admirado por una historia ilustrada del Muhammad, que retrataba al Profeta, a los califas ortodoxos y a los grandes imames, mostraba láminas con los lugares Santos de La Meca y Medina y maravillosas mezquitas –como las de Constantinopla–- asi como raros manuscritos árabes. Vio también ilustraciones de las Pirámides y de la topografía de los desiertos del Alto Egipto y se vio especialmente sorprendido por los libros de gramática de otros idiomas, que "les facilitaban la labor de traducción de cualquier idioma al suyo propio en poco tiempo".

Al lado de la biblioteca habían dispuesto un observatorio astronómico que llamaba la atención de los visitantes locales: estaba equipado con "máquinas compuestas de pequeñas piezas que, cuando se montaban, ocupaban mucho espacio y que, una vez recogidas, se metían en pequeños estuches". Y en el mismo recinto trabajaban los dibujantes; "Erigo... dibujaba al hombre como si fuera a hablar"; a su lado, otros compañeros suyos dibujaban y clasificaban animales e insectos, aves y peces y, cuando alguno les era desconocido "les ponían enteros en tarros con agua fabricada que mantenía el cuerpo inmutable".

Vivant Denon explica a sus invitados árabes y franceses la naturaleza de sus trabajos científicos. En primer término, sentado, el general Belliard (grabado del *Voyage dans la Basse et la Haute Égypte*, 1802).

En la casa de Dhu l-Fuqqar Katkhuda –noble mameluco– trabajaban los ingenieros que fabricaban pequeños instrumentos de precisión y, en una esquina, se había instalado la vivienda del "médico Roya, donde tenía sus ungüentos, sus pastas y sus diversas botellitas", según apunta al-Gabarti; mientras que en el palacete de Hasan Kashif Garkas (una de cuyas casas se utilizaba como biblioteca, según se ha visto) se afanaban los químicos y los médicos. Y relata el historiador que lo que más le había sorprendido era la mezcla de líquidos que hacían los que allí trabajaban; así vio cómo se desprendía un humo de colores y se quedaban en el fondo piedrecitas amarillas, azules o rojas, y cómo algunas de estas mezclas estallaban al acercarles una llama... Y estaban, además, los carpinteros que hacían los carros, las hélices y las máquinas, así como los herreros que trabajaban en grandes naves que montaron ellos mismos, en cuyo techo pusieron –como dice al-Gabarti– "grandes aspiradores de aire que ventilaban con un ligero movimiento".

Así trabajaban los franceses en El Cairo, donde recogían, preparaban y examinaban lo que se convertiría en un importante legado para la cultura universal. Con estas actividades sorprendieron a los egipcios, que abrieron los ojos a una civilización desconocida que les llenaba de admiración.

(Las traducciones del árabe pertenecen a la autora).

Doscientos años nos contemplan

Hace dos siglos, Napoleón regresó a Europa porque nada le retenía ya en Egipto; sin embargo, pocos días después fue hallada la *Piedra Rosetta*, quizás el más interesante fruto de aquella expedición

Miguel Ángel Elvira
Profesor de Arte Clásico
Universidad Complutense, Madrid

EN LOS PIRINEOS CENTRALES SE halla Barèges, una pequeña ciudad balnearia a los pies del nevado circo y de la cascada de Gavarnie. Desde que un hijo de Luis XIV curara allí sus dolencias, su fama no hizo más que crecer entre nobles y burgueses, que allí acudían a curar sus males y a olvidar los problemas de la Corte. Ajenas a los cambios de gobierno y a las revoluciones, las aguas termales mantenían su prestigio generación tras generación, y muchos años más tarde, en otoño de 1803, en un momento en que los preparativos bélicos concentraban las energías de toda Europa, ocurrió que coincidieron en sus tranquilos salones y piscinas dos personajes, ambos obligados, por distintas circunstancias de sus azarosas vidas, a un descanso por otra parte bien merecido.

El de más edad era el ciudadano Choiseul-Gouffier, antiguo conde Marie-Gabriel-Auguste-Florent de Choiseul-Gouffier. Su vida de brillante militar y diplomático le había llevado a obtener, en 1784, el puesto de embajador de Luis XVI en Constantinopla y esta privilegiada atalaya le había permitido cultivar su pasión por Grecia y –como él mismo diría– el placer de recorrer aquella ilustre y bella región con *un Homero* y *un Heródoto* en la mano.

Fueron sus años más felices, que le incitaron a reunir –y a traer a Francia– una importante colección de antigüedades, y que sólo concluyeron al estallar la Revolución. Entonces, sus preciadas esculturas fueron confiscadas –el famoso fragmento de friso del Partenón con unas jóvenes portadoras de peplos sigue siendo hoy una de las joyas del Louvre– y él tuvo que replantearse su vida. En 1793 partió para San Petersburgo, decidido a ponerse al servicio de Rusia, y sólo en 1802 aceptó regresar a Francia, cuando Napoleón prometió devolverle parte de sus bienes. Ya no era un hombre rico, pero podía permitirse un tranquilo retiro.

El otro residente era Thomas Bruce, VII conde de Elgin. Ostentaba el título de embajador inglés ante la Sublime Puerta, y su presencia en lugar tan remoto era fruto de los azares políticos del momento. Desde su llegada a Constantinopla, se había propuesto emular y aun superar a Choiseul-Gouffier en sus afanes de coleccionista y, en el verano de 1801, había logrado, por fin, el preciado *firman* de Selim III que le permitiría estudiar el Partenón y, según decía el propio texto, extraer alguna piedra que llevase inscripciones y figuras. Como es bien sabido, Lord Elgin aplicó todo su equipo a labor tan notable, y unos meses después comenzó la larga serie de envíos de esculturas y relieves a su residencia londinense.

Volvía Elgin a Inglaterra, pasando por Francia, en mayo de 1803, cuando ocurrió un hecho inesperado: ambas potencias decidieron denunciar la Paz de Amiens, firmada en el año anterior, y Napoleón

Medalla fundida en honor de Vivant Denon, por sus extraordinarios trabajos sobre Egipto; en el anverso, retrato del "sabio" francés y en el reverso, los colosos de Memnon.

ordenó detener a cuantos ingleses se hallasen en territorio francés. Aunque empezaron pronto los intercambios de prisioneros, Inglaterra no podía canjear a ningún personaje tan importante como Lord Elgin, y éste decidió solicitar permiso para retirarse a Barèges hasta que se solucionase su situación: no volvería a su país hasta 1806.

No sabemos si los dos personajes llegaron a mantener una larga conversación. Parece que, como buenos diplomáticos de dos potencias enfrentadas, se mostraron distantes en sus relaciones, pero habrían podido compartir muchas ideas y actitudes comunes en el campo de la Arqueología. Ambos representaban una misma mentalidad –la del diplomático coleccionista que viaja a su destino

oriental con un equipo de artistas y ayudantes–, y en ese sentido eran herederos de prestigiosos personajes como el marqués de Nointel, que hizo dibujar el Partenón poco antes de que lo destruyesen las bombas venecianas de Morosini.

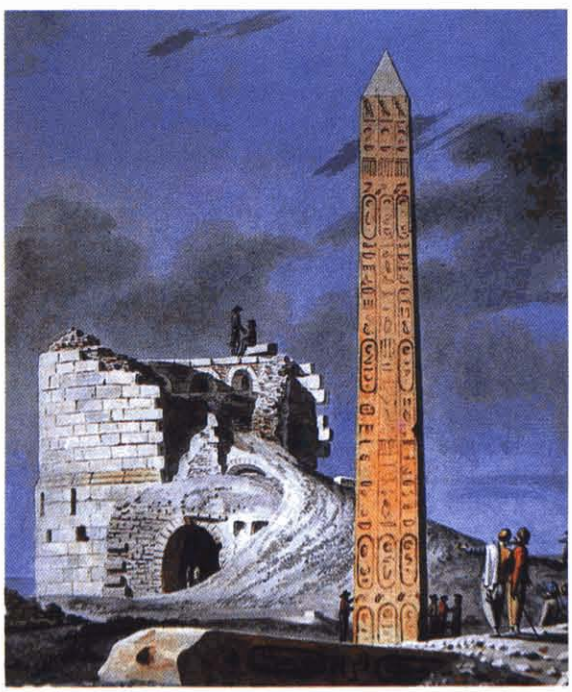
Obviamente, no eran eruditos o teóricos, como Ennio Quirino Visconti, verdadero sucesor de Winckelmann, que había abandonado sus tareas de conservador de las colecciones pontificias para servir a la República Francesa, y que acababa de ser recibido por Napoleón en el Louvre. Tampoco eran simples coleccionistas, como el ya anciano Charles Townley, que moriría en 1805 dejando sus numerosos mármoles romanos al Museo Británico. Ni mezclaban las aficiones coleccionistas con la práctica de la excavación, como su colega José Nicolás de Azara, quien, tras ser embajador español en Roma, arqueólogo en Tívoli y coleccionista de retratos griegos, ahora, ya viejo, representaba a Carlos IV en París. Finalmente, y a pesar de su vida de diplomáticos, no eran simples viajeros, como el conde de Volney, autor de un famoso *Viaje a Siria y Egipto* (1787) que, en años anteriores, había hecho soñar a todos con los encantos de Oriente.

Ellos dos, Elgin y Choiseul-Gouffier, pertenecían a una tradición distinta, que había visto en las misiones oficiales –y las suyas lo eran– una ocasión de estudiar, con el apoyo de verdaderos especialistas, los países que recorrían y ante cuyos Gobiernos se hallaban acreditados. Era una fórmula varias veces ensayada por distintos Estados europeos y que había dado lugar, a lo largo del siglo XVIII, a una variante de gran interés: la *expedición científica*, enviada directamente por los monarcas y desvinculada de las funciones diplomáticas.

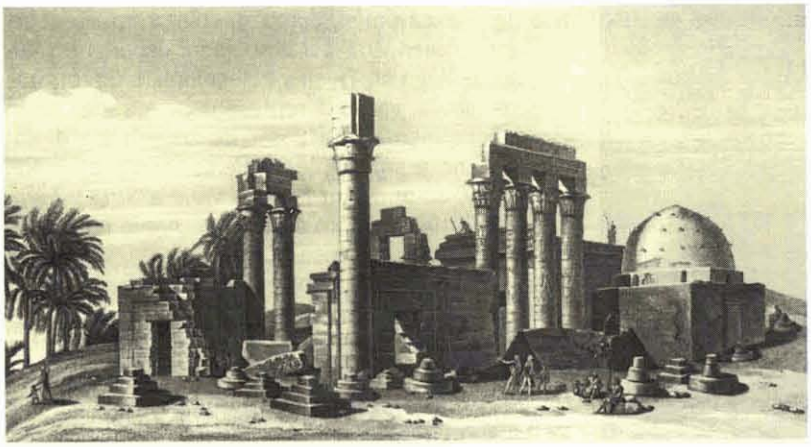
Viajeros, arqueólogos y científicos

Dado que el aspecto que aquí interesa –y que hubiera interesado a Elgin y Choiseul-Gouffier en su hipotética conversación– es la historia de la Arqueología, bien se puede prescindir de viajes tan audaces como los de James Cook o Alejandro Malaspina, pues en ellos apenas contó el estudio de antigüedades. Si realmente nuestros personajes meditaron acerca de la primera *expedición científico-arqueológica*, es posible que coincidiesen sus recuerdos en una importante misión, cuyos resultados fueron publicados con todo lujo editorial en 1717 bajo el título de *Relation d'un voyage au Levant fait par ordre du Roi*.

En realidad, el viaje, dirigido por Joseph Pitton de Tournefort, había tenido lugar en 1700 y había centrado sus intereses en el mar Egeo y sus costas, y en él habían tomado parte un médico, un botáni-



Arriba, **bajorrelieve en una tumba del Valle de los Reyes, en Tebas (dibujo de Redouté, grabado por Collibert).** Abajo, **los científicos franceses estudian el obelisco de Cleopatra, en Alejandría, bajo de dirección de Denon (grabados ambos de *La Description de l'Égypte*).**



co y un dibujante, como símbolo de un espíritu enciclopédico que, pese a todo, concedía un puesto de honor a las ruinas antiguas.

Más impresionante por su audacia fue, ya en 1761, la expedición que envió a Arabia el rey Federico V de Dinamarca. Su preparación fue tan esmerada que el profesor Michaelis, director de la Real Sociedad Científica de Göttingen, publicó un *Recueil de questions proposées à une société de savants qui par ordre de Sa Majesté Danoise font le voyage de l'Arabie* (trad. francesa de 1763). En él, además de las normas que dio el Rey al equipo de sabios, se explica cómo fueron designados los distintos miembros de la expedición –un filólogo, un físico, un ingeniero, un médico y un pintor– y se plantean los campos y cuestiones que deben estudiar los viajeros con el fin de hacer, para el avance de las ciencias y de las letras, cuantos descubrimientos sean posibles.

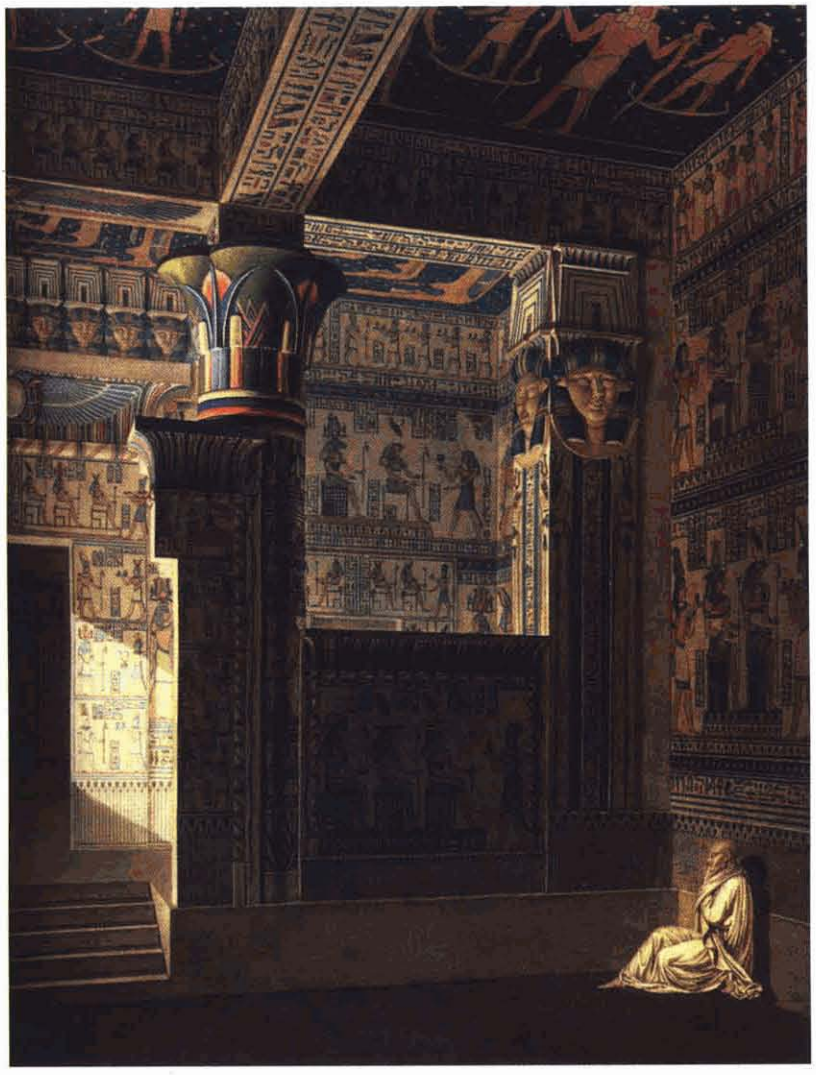
Asombra comprobar el grado de unidad que ya entonces tenía la ciencia europea, cuando se indica que los expedicionarios intentarán responder a las preguntas de Michaelis y a las remitidas por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París; preguntas que incluyen desde análisis de enfermedades y medicinas hasta detalles históricos sobre reyes antiguos. La Arqueología se circunscribe a problemas epigráficos y a la situación de monumentos útiles para el estudio de la Biblia y la Geografía antigua.

Ante preparación tan rigurosa, casi es secundario el hecho de que, a la postre, la expedición se convirtiese en una hecatombe. Los viajeros recorrieron el Nilo, el Sinaí y la costa occidental de Arabia hacia el Sur, pero en 1763 murieron el filólogo y el físico. Los supervivientes visitaron el Yemen y, abandonando el viaje previsto a Basora, decidieron embarcarse para Bombay. Allí acabaron sus días el médico y el artista, quedando solo el ingeniero, Carsten Niebuhr, el cual, después de pasar un año en la India, inició un trabajoso viaje de retorno por Persia, Mesopotamia y Anatolia. Llegó por fin a Copenhague en 1767, y los relatos de su periplo –*Beschreibung von Arabien* y *Reisebeschreibung nach Arabien*– tuvieron, como cabe esperar, un éxito internacional inmediato.

A la vista de estos precedentes bien conocidos por ellos, Elgin y Choiseul-Gouffier podían calibrar, mejor que cualquier profano, la originalidad de la gran expedición napoleónica a Egipto. Por primera vez se habían reunido nada menos que 167 científicos y técnicos; por primera vez aparecían vinculados a un ejército en una campaña de conquista; por primera vez se creaba una institución estable en el país investigado –el *Institut d'Égypte*- para servir de base a los estudiosos.

El genio de Vivant Denon

La Campaña de Egipto, desde el punto de vista arqueológico, tuvo dos fases bien diferenciadas. La primera, presidida por la audaz figura de Vivant Denon, muestra la aventura de la conquista, las vibrantes anécdotas del ejército en su avance Nilo arriba y el estudio rápido de los monumentos faraónicos bajo el fuego de las emboscadas. El barón Dominique Vivant Denon, un sabio ingenioso con una larga vida política a las espaldas –había sido gentilhombre de Luis XV y diplomático en San Petersburgo y en Nápoles bajo Luis XVI– era ya un hombre maduro cuando logró la amistad de Joséphine de Beauharnais y, a través de ella, la simpatía y el aprecio de Napoleón. Esto le valió diversos cargos arqueológicos y, a los cincuenta años de



Arriba, **templo de Montu en Armant, único recuerdo de este edificio de época ptolemaica.** Abajo, ***Memmomium* de Tebas (ambos grabados proceden de *La Description de l'Égypte*).**

La clave está en Rosetta

Sudaban los zapadores franceses bajo el sol egipcio de agosto, cuyo rigor apenas atemperaba la brisa del cercano mar. Cavaban trincheras en aquel verano de 1799 junto a la antigua fortaleza medieval de Rachid o Rosetta, que por entonces se llamaba Port Julien, en previsión de un desembarco otomano protegido por la flota británica. De pronto, el pico de uno de los soldados topó con una dura losa y trató de contornearla para extraerla... mientras maniobraba para vencer la resistencia de aquella gran piedra observó que contenía inscripciones... Dice la leyenda que salió huyendo como alma que lleva el Diablo, pero parece dudoso que así ocurriera: habituados a la presencia continua de *los sabios* de la expedición napoleónica, los soldados estaban sensibilizados por la historia, el arte y las antigüedades y nuestro soldado se dio cuenta que aquella piedra le iba a librar, al menos por un rato, del pesado pico.

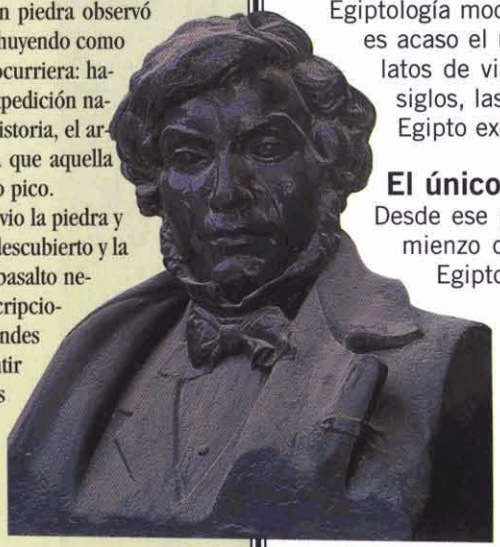
Dio parte al jefe del destacamento, Dhautpoul, que vio la piedra y ordenó que la sacasen con cuidado. Cuando quedó al descubierto y la limpiaron un poco hallaron que era una gran losa de basalto negro de 114x72 centímetros, totalmente cubierta de inscripciones que, a simple vista, estaban ordenadas en tres grandes párrafos de signos diferentes. Dhautpoul se debió sentir feliz al comunicar el hallazgo al oficial que dirigía las fortificaciones, Bouchard. Este ordenó que la extrajeran cuidadosamente y advirtió que uno de los párrafos estaba escrito en griego...

Un general napoleónico se encargó de traducir ese fragmento y supuso que los otros párrafos decían lo mismo... por tanto, aquella piedra era el instrumento que podría servir para descifrar los jeroglíficos egipcios. No había posibilidad de hacer nada entonces, pues era imposible enviar la piedra a Francia pero ordenó que se sacaran copias muy precisas. Dos años después los franceses se rendían a los ingleses y entre el botín de guerra dejaron en sus manos la *Piedra Rosetta*, que terminó en el Museo Británico... pero a Francia llegaron las copias y los vaciados y sería un francés, Champollion, quien lograría descifrarla y poner las bases para el conocimiento de la escritura jeroglífica.

edad, la dirección científica de esta expedición a Egipto.

Vivant Denon tuvo el honor de acompañar a las tropas francesas hasta Asuán, y sin duda estuvo presente en el momento de tallar la famosa inscripción que adorna el templo de Filae: "En el año 6 de la República, el día 13 del mes de messidor, un ejército francés mandado por Bonaparte desembarcó en Alejandría. Tras haber perseguido el ejército durante veinte días a los mamelucos huidos de las Pirámides, Desaix, al mando de la Primera División, los ha rechazado más allá de las cataratas, donde ha llegado el día 13 del mes de ventose del año 7... Año de J.C.: 1799." Después, vuelto a El Cairo, nuestro sabio figuró entre los escogidos por Napoleón para regresar con él a Francia.

No deja de ser una curiosa coincidencia que, en agosto de 1799, se cruzasen en las aguas del Mediterráneo occidental dos barcos: en uno de ellos volvía Napoleón con su séquito, tras abandonar a sus tropas en Egipto al mando del general Kléber; en el otro, Lord Elgin se dirigía hacia Palermo para entrevistarse con el coleccionista sir William Hamilton, embajador británico en la Corte de Nápoles,



Champollion, el mayor impulsor de la Egiptología por sus aportaciones en el desciframiento de los jeroglíficos (busto en el jardín del Museo Egipcio de El Cairo).

y pedirle consejo y ayuda antes de dirigirse a su destino en Constantinopla.

Llegado a París, Vivant Denon se vio honrado con el puesto de director del Museo Central y publicó, en 1802, su *Voyage dans la Basse et la Haute Égypte*, verdadero libro de recuerdos, con múltiples grabados sobre croquis del mismo autor, que causó sensación por la vivacidad de sus descripciones. Para algunos, constituye el punto de partida de la Egiptología moderna; para nosotros, en cambio, es acaso el último y más brillante de los relatos de viajeros que alimentaron, durante siglos, las fantasías occidentales sobre un Egipto exótico.

El único recuerdo

Desde ese punto de vista, el verdadero comienzo de los estudios científicos sobre Egipto es el grandioso *corpus* que fueron confeccionando los científicos franceses desde su establecimiento en El Cairo hasta su repatriación en 1801. Durante más de dos años, con la tranquilidad que da el dominio y la pacificación del territorio, múltiples dibujantes y eruditos recorrieron el Nilo y procedieron a trazar dibujos, a levantar planos y a sugerir reconstrucciones ideales de templos y pirámides.

Múltiples edificios antiguos, que serían destruidos luego bajo el gobierno de Mehmet Alí (1805-1849), pudieron ser rescatados entonces del olvido: ¿quién conocería, de otro modo, el templo de Amenofis III en Elefantina, el templo de Contralatopolis (hoy El-Hilla, junto a Esna), el templo de Montu en Armant, el templo de Anteópolis (al sur de Asyut), el construido por Alejandro Magno en Hermópolis Magna (Ashmunein), las magníficas columnatas corintias de Antinoópolis o tantos otros monumentos menores? A falta de la *Piedra Rosetta*, entregada a los ingleses como botín de guerra, al menos pudieron los franceses copiar sus textos en tres magníficas ilustraciones, y, si no son muchas las esculturas y piezas arqueológicas que representaron, la razón se halla en la propia rapidez de su trabajo, que les impidió proceder a compras y a excavaciones.

La famosa *Description de l'Égypte*, fruto de esta

Múltiples edificios antiguos –que serían destruidos bajo el Gobierno de Mehmet Alí– no han pasado al olvido porque nos quedan los dibujos y los estudios de los científicos franceses de la expedición napoleónica

grandiosa hazaña colectiva, fue publicada en una edición memorable, cuyos veinte volúmenes –nueve de texto y once de láminas– fueron saliendo de las prensas parisinas entre 1809 y 1822. Todo Egipto aparece ante nuestros ojos, desde el antiguo hasta la artesanía del momento, sin olvidar vistas pintorescas, estudios etnológicos, flora, fauna y geología. Sin duda nos resultan a menudo arbitrarias muchas cronologías de edificios o muchas adscripciones a dioses o faraones que nada tuvieron que ver en ciertos casos, pero no hemos de olvidar que la única guía de los estudiosos seguía siendo, como en los siglos anteriores, la literatura grecolatina.

De los grandes resultados científicos obtenidos por Napoleón en Egipto, lo único que Lord Elgin y el ciudadano Choiseul-Gouffier pudieron conocer, durante su estancia en Barèges, fue el libro de Vivant Denon. Y lo que sin duda no llegaron a sospechar fue que en Grenoble, al otro extremo de Francia, un niño de doce años acababa de escribir y publicar una curiosa *Histoire des chiens célèbres*. El niño, protegido por su hermano primogénito –un aficionado a Egipto que no había logrado ser admitido entre los sabios de la famosa expedición–, había recibido todo tipo de apoyos por parte del matemático Joseph Fourier –quien sí formó parte del *Institut d'Égypte*– y ya había estudiado Griego, Latín y Hebreo. Obviamente, se llamaba Jean-François Champollion, y ya había pronunciado su famosa frase: "¡Leeré, leeré los jeroglíficos cuando sea mayor!"

Arriba, **científicos franceses miden el puño de una estatua colosal de Ramsés II en Menfis.** Derecha, **decoración e inscripciones jeroglíficas en la envoltura de una momia (dibujos de Jonard, grabados por Willemin, de *La Description de L'Egipte*).**

Para saber más

ANDERSON, R. Y FAWZY, I., *Egypt Revealed. Scenes from Napoleon's "Description de l'Égypte"*, The American University in Cairo Press, 1987.

BONAPARTE, N., *Campagnes d'Égypte et de Syrie*, Imprimerie Nationale Éditions, Paris, 1998.

DEROGY, J. Y CARMEL, H., *Bonaparte en Terre Sainte*, Fayard, Paris, 1992.

ESPOSITO, V. J. Y ELTING, J. R., *A military History and Atlas of the Napoleonic Wars*, Greenhill Books, London, 1999.

GALLO, M., *Napoleón*, Planeta, Barcelona, 1998.

LAURENS, H., *L'expédition d'Égypte, 1798-1801*, Point-Seuil, Paris, 1997.

LAURENS, H., *Kléber, commandant en chef*, IFAO, Le Caire, 1995.

LAURENS, H., *Les Origines intellectuelles de l'expédition d'Égypte, l'orientalisme islamisant en France, 1698-1798*, Isis, Institut Français d'Études Anatoliennes, Istanbul-Paris, 1987.